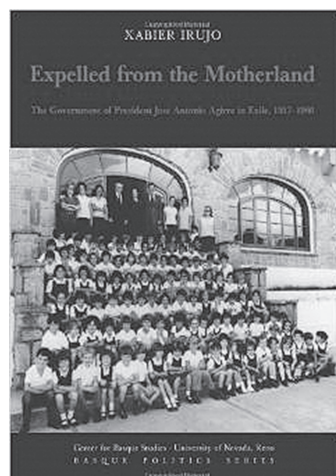


Expelled from the Motherland. The Government of President Jose Antonio Agirre in Exile, 1937-1960

Xabier Irujo

Center for Basque Studies, Basque Politics Series, No.5, University of Nevada, Reno, Reno (Nevada) 2012, 333 págs. Traducción de Cameron J. Watson y Jennifer Ottman.



Este libro de Xabier Irujo es un estudio consistente, basado en muy variadas fuentes primarias y en una completa bibliografía, sobre el exilio de los vascos fieles a la Segunda República desde el estallido de la guerra civil española en julio de 1936 hasta la muerte del primer *lehen-dakari* del Gobierno Vasco en 1960 en París. El libro presenta los hechos cronológicamente, de manera clara, basándose en una abundante documentación:

la del Archivo del Nacionalismo Vasco custodiado por la Fundación Sabino Arana, la de los National Archives and Records Administration en College Park (Maryland), la del Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Reno y el archivo de la familia Irujo-Ametzaga. Además, el autor ha entrevistado a diferentes personalidades del exilio vasco, desde los principales políticos nacionalistas hasta “niños de la guerra” como Mari Carmen Hendaia.

La sublevación militar contra la República abrió un primer periodo del exilio (julio 1936-junio 1937) durante el cual, al mismo tiempo que en la España que se decantó del lado de los sublevados se produjo una dura represión de sus enemigos políticos (el autor habla de una cifra en torno a los 2.000 fusilados en Navarra y de 16 sacerdotes ejecutados), comenzó la emigración política vasca: muchos refugiados de Navarra pasaron al País Vascofrancés a través del valle de Baztán y otros a Guipúzcoa o Vizcaya y, especialmente desde el otoño de 1936 hasta la primavera de 1937, muchos refugiados de Álava, Guipúzcoa y los pueblos y valles ocupados de Vizcaya huyeron a Bilbao. Según un informe del Gobierno vasco de marzo de 1939, aproximadamente 40.000 ciudadanos vascos cruzaron la frontera francesa después de la captura de Irún por los insurgentes el 12 de septiembre de 1936, y aproximadamente 2.000 más cruzaron la frontera desde Guipúzcoa o Navarra entre septiembre de 1936 y mayo de 1937. Según el cónsul norteamericano en Bilbao, a finales de marzo de 1937 la población de la

villa se había doblado y había en ella aproximadamente 200.000 refugiados, entre ellos muchos menores de 16 años de edad. Con el apoyo de Francia y la organización del Gobierno vasco, se exiliaron a dicho país (y, en menor medida, a otros) 32.000 menores de 16 años en 1936 y 1937.

Desde el verano de 1937 –cuando los franquistas tomaron Bilbao– hasta la caída de Barcelona el epicentro de lo que el autor llama este “tsunami” del exilio se trasladó a Barcelona, mientras el Gobierno vasco luchaba por administrar un exilio que afectaba casi a 200.000 ciudadanos vascos. Se crearon escuelas para los niños refugiados, se repatriaron a todas las familias que lo solicitaron y se organizaron hospitales y lugares de acogida para los trabajadores refugiados que no tenían posibilidades de volver a sus casas en el País Vasco-español (Hegoalde, en la terminología del autor). Finalmente, el Gobierno vasco puso en marcha su sede de París, de donde surgiría su política nacional e internacional entre 1939 y 1955.

La caída de Barcelona supuso el comienzo de la tercera fase del exilio, que duró hasta el otoño de 1940. En un muy breve espacio de tiempo los ataques de grupos y partidos de la extrema derecha francesa y la ocupación alemana obligaron a miles de vascos a huir de Europa. Se produjo así –debido también a la tradición de emigración vasca a América– la primera oleada de exiliados a las Américas. A diferencia de las dos primeras fases del exilio político de los vascos, obra de la insurrección franquista, ahora los vascos escapaban de las tro-

pas y de la policía alemanas, que trabajaban en colaboración con la policía secreta española y las fuerzas del régimen de Vichy. De hecho, en noviembre de 1940 el jefe de la Gestapo ordenaba que los “rojos españoles” de menos de 55 años fueran internados en campos de concentración alemanes. Ello impulsó el que hasta diez buques con exiliados vascos se dirigieran a América para huir del horror de Europa.

La cuarta fase del exilio duró desde mayo de 1940 hasta octubre de 1941. Desaparecido el presidente Aguirre después de los acontecimientos de Dunquerque en mayo de 1940, se formó en Londres, bajo la dirección de Manuel de Irujo, el Consejo Nacional Vasco. Siguiendo los acuerdos de Meudon de la primavera de 1939, el Consejo negoció con el Gobierno británico y con la Francia libre de De Gaulle la participación activa de los vascos en la Segunda Guerra Mundial, a cambio del reconocimiento de un Estado vasco independiente después de la guerra. Al mismo tiempo, tenía lugar una segunda gran oleada de emigración vasca a los países americanos.

La quinta fase del exilio comienza con la reaparición del *lehendakari* Aguirre en octubre de 1941 y se extiende hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo con los principios políticos establecidos en Meudon, el Gobierno vasco llegó a acuerdos con la administración Roosevelt según los cuales los servicios de inteligencia vascos colaborarían con la OSS (la CIA más tarde) estadounidense hasta 1949. En el marco de dichos acuerdos están los viajes de Aguirre a diver-

sos países sudamericanos entre agosto y octubre de 1942, que ayudaron a fortalecer la red de Delegaciones vascas en Sudamérica.

Este esperanzador quinto periodo dio paso, a comienzos de octubre de 1945, a una sexta fase de incertidumbre, que duró desde el fin de la Guerra Mundial hasta 1950. El principal reto del Gobierno vasco durante aquellos años fue mantener el aislamiento internacional del régimen de Franco, algo que parecía se había conseguido con el veto de la ONU a la entrada de España en la organización; pero los años 1947-1948 fueron ya de transición a este respecto: en 1948 se firmó el protocolo Franco-Perón, primera ruptura del aislamiento internacional del régimen.

Estos años de transición dieron paso a la crisis de 1950-1955. Entre 1949 y 1953, el Gobierno vasco comenzó a sufrir las consecuencias financieras de la cancelación de los acuerdos con los Estados Unidos en cuestiones de inteligencia. Por otra parte, la guerra de Corea supuso la apertura de un tiempo nuevo en la guerra fría Oriente-Occidente, que llevó progresivamente al comienzo del fin del aislamiento internacional del régimen franquista: en 1950 se eliminan las medidas punitivas antes impuestas; en 1953 España es admitida en la UNESCO, se firma un nuevo Concordato entre España y el Vaticano y un acuerdo económico-estratégico con la administración Eisenhower; finalmente, en 1955, en el marco de un acuerdo internacional más amplio, la España de Franco es admitida como nuevo miembro

de la ONU. Se iniciaba así la etapa final del exilio político vasco, una etapa de profunda crisis que marcaría los cinco últimos años de Gobierno en el exilio de José Antonio Aguirre, hasta su muerte en 1960.

El Gobierno vasco –concluye el autor– no logró su principal objetivo: socavar el régimen de Franco hasta que pudiera ser desalojado del poder; pero sí consiguió, a partir de 1937, establecer una red y una estructura política duraderas, intensificando año a año sus esfuerzos de resistencia. Promovió los derechos históricos y políticos del País Vasco a nivel internacional y estimuló la creación y/o el robustecimiento de una red de instituciones vascas en Sudamérica unidas en torno a la lucha política del País Vasco, así como de organizaciones internacionales que apoyaban a dichas instituciones vascas. Por último, después de la muerte del dictador, el Gobierno vasco en el exilio de Jesús María Leizaola –sucesor de Aguirre, que a su vez dio paso a Carlos Garaikoetxea– era la única organización republicana vasca legítima que seguía activa en la política internacional, manteniendo los ideales de los derechos humanos y del derecho político de autodeterminación del pueblo vasco.

Irujo considera que son tres los factores principales que explican la supervivencia del Gobierno vasco en el exilio durante 38 años: en primer lugar, el hecho de que las marcadamente democráticas prácticas de dicha organización atrajeron el interés, la simpatía y la solidaridad de partidos políticos democráticos, gobiernos e instituciones hacia

la causa vasca tanto en América como en Europa; en segundo término, el desarrollo de redes institucionalizadas de comunidades y centros vascos en América, Filipinas y algunas regiones europeas, que ayudó a mantener la vitalidad del Gobierno vasco y su obra administrativa en el exilio; por último, la autoridad de los dirigentes del Gobierno vasco y la asimilación, por parte de las comunidades vascas en Ultramar, del programa político de aquellos facilitó mucho el apoyo de la diáspora vasca al proyecto político representado por el Gobierno vasco.

Como es natural, las contribuciones de este buen libro de Xabier Irujo no terminan aquí; pero creo que lo hasta ahora expuesto, siguiendo en buena medida las “Consideraciones finales” de la obra, es una buena muestra de cómo el autor consigue los dos objetivos de su investigación que se resumen en el título y el subtítulo del libro: narrar, a partir de una amplísima documentación, la historia *social* de los exiliados vascos desde 1936 hasta 1960 y la historia *política* –necesariamente ligada a la primera– del Gobierno vasco durante aquellos mismos años.

¿Se libra la obra de Irujo de toda crítica? Sería un caso excepcional si así ocurriera con una monografía histórica. En realidad, me parece, las críticas tienen un fundamento común sencillo de explicar: el punto de partida desde el que el autor escribe, que es el del nacionalismo vasco. No se trata de menospreciarlo, sino simplemente de señalarlo. Así, en p. 39, n. 1, se habla de los siete “Estados históricos vascos”, y se opta por citarlos a lo largo

de todo el libro por sus nombres en euskera: Nafarroa, Araba, Bizkaia y Gipuzkoa (Hegoalde), en el actual Estado español; y Nafarroa Beherea, Lapurdi y Zuberoa (Iparralde), hoy dentro de la República francesa. Son abundantísimos los historiadores que no consideran que dichos territorios hayan sido “Estados” en ningún momento del pasado, que no creen que haya habido nunca una unidad *política* entre ellos, ni tampoco –dentro de “Hegoalde” –entre Navarra y las habitualmente llamadas tres Provincias Vascongadas.

Dicho punto de partida explica otros rasgos objetables del libro: el autor, que no ignora, desde luego, que el Gobierno vasco constituido en octubre de 1936 era un Gobierno de coalición en el que estaban representados, junto a los dos partidos nacionalistas vascos –el mayoritario (EAJ-PNV) y el minoritario (EAE/ANV)–, diversos partidos republicanos, el PSOE y el PCE, centra prácticamente del todo su atención en la acción política de los nacionalistas vascos y en particular del PNV. Y un segundo ejemplo: en el libro hay “buenos” y “malos”, demócratas y fascistas; pero da la impresión –aunque no sea ese el propósito del autor– de que los nacionalistas vascos están siempre entre los primeros y los no nacionalistas entre los segundos. Nada se dice de las incertidumbres, durante la II República y en el propio julio de 1936, de bastantes miembros del PNV sobre la actitud a adoptar ante el conflicto español: pienso, entre otros, en la familia navarra Aranzadi o en el guipuzcoano José de Arteche. Por otro lado, en el terreno reli-

gioso, se afirma (p. 35) que “el clero vasco tuvo que afrontar muchas formas de persecución, incluidas sanciones, arrestos y exilio, sin dejar de mencionar las ejecuciones [16] después de la ocupación del país por el Movimiento Nacional”, pero nada se dice de los clérigos españoles, y también vascos, asesinados en la zona republicana –también en Euskadi– durante la guerra civil, mucho más numerosos. El autor de esta reseña hubiese deseado que Irujo afrontara el conflicto de una forma más equilibrada –la que, por poner un ejemplo, siguió José de Arteche en *El abrazo de los muertos*– y que intentara entender las razones de las posturas de eclesiásticos (Marcelino Olaechea, Javier de Lauzurica...) y de políticos vascos (José María de Areilza es el único que cita, pero podría añadirse buen número de líderes del carlismo y del “catolicismo independiente” vasconavarros) contrarios al nacionalismo vasco y no por ello “condenables”.

Es cierto que, aunque aquí nos centremos en el libro que comentamos, hay otros casos en que la cuestión se plantea exactamente al contrario: es decir, que un punto de partida antinacionalista vasco puede afectar negativamente a una buena investigación. En definitiva, estamos –repite– ante una monografía bien documentada sobre un asunto importante de la historia del País Vasco, que quizá podría haber sido aún de más calidad introduciendo una mayor distancia entre el respetable compromiso ideológico del autor y la escritura de la obra.

Ignacio OLÁBARRI
GORTÁZAR